

Presencias laterales

JOSÉ ANTONIO CORDÓN

El verano había llegado a Granada con esa impaciencia de las estaciones que se adelantan a su propio calendario. Aún no había concluido del todo la primavera y, sin embargo, el aire de la tarde parecía haber sido engullido por una fragua invisible. Las fachadas devolvían el calor acumulado, las aceras reverberaban con una claridad excesiva y la ciudad, incluso en sus calles más transitadas, ofrecía esa apariencia de súbita fatiga que adquieren las cosas cuando la luz se espesa.

Juan Chirveches, Fernando de Villena y yo habíamos buscado refugio en el Paseo de la Virgen, bajo la sombra espesa de sus frondosos plataneros. Caminábamos despacio. Juan hablaba tranquilo; Fernando observaba con esa atención suya, entre elegiaca y precisa, que parecía rescatar de cada rincón una memoria invisible y yo los contemplaba en silencio, con la disposición atenta de quien sabe que no solo está paseando junto a dos amigos, sino asistiendo a una forma íntima de magisterio: esa en la que la palabra, la mirada y la experiencia convierten el camino en aprendizaje.

Acabamos sentándonos en una terraza del Salón, junto a los jardines. Desde allí llegaba, apenas perceptible, el rumor del Genil, que transcurría amansado, con un caudal ya menguado por los ardores del verano, aunque todavía sostenido por la memoria remota de las nieves y las lluvias del invierno. El río no imponía su presencia; sugería su paso.

Juan señaló entonces hacia el monumento que el Centro Artístico dedicó al duque de San Pedro de Galatino, hacía ya más de un siglo.

—Un personaje singular —dijo—. Empresario con espíritu artístico, noble con preocupaciones sociales, amigo de reyes, de poetas y visionario de una Granada proyectada hacia el futuro. Y, sin embargo, hoy casi desconocido. Una de esas figuras que sostuvieron parte del escenario y a las que luego la memoria pública relegó a una esquina de la historia.

Fernando sonrió con una tristeza sin énfasis.

—Es curioso cómo los grandes hombres son engullidos por esa especie de entropía que, de manera arbitraria, condena a algunos al olvido y a otros a la gloria. La posteridad tiene mu-

cho de tribunal caprichoso. Absuelve, condena, exagera, borra.

—La historia es tan injusta —dijo— que muchos de sus personajes principales acaban reducidos a la condición de actores de fondo. Precisamente hace unos días terminé un libro sobre Julio Quesada y la Granada de su tiempo, 'El secreto del duque', de Victoria Eugenia Muñoz. Una obra que invita a pensar en esa lenta erosión del recuerdo que aparta a ciertas figuras del lugar que ocuparon y las deposita, casi sin ruido, en los márgenes de la memoria.

Fernando asintió.

—Exactamente. Esas figuras son la prueba de que toda centralidad es una ilusión construida. La literatura, el teatro, incluso la historia política, han vivido demasiado tiempo fascinados por la figura excepcional: el héroe, el líder, el genio, el mártir.

Juan Chirveches apoyó los dedos sobre la mesa, como si midiera el peso de aquella idea.

—Y quizá los poetas lo saben mejor que nadie. El poema, cuando es verdadero, no mira solo lo que brilla; mira también lo que permanece en penumbra. La poesía consiste, a veces, en desplazar la atención hacia aquello que la mirada ordinaria descarta por insignificante.

El camarero nos dejó tres vasos y una jarra de cerveza empañada por el frío. Durante unos segundos callamos. La tarde seguía ardiendo más allá de la sombra, pero allí, junto a los jardines, el calor parecía suspendido en una tregua. Algunas personas paseaban sin prisa. Una mujer mayor empujaba un carrito de niño. Dos muchachos consultaban sus teléfonos con una concentración casi religiosa. Nadie parecía mirar el monumento.

—De todos modos, vivimos una época que detesta a quien permanece al margen —dijo—. Todo nos empuja a comparecer, a declarar, a exhibirnos. Hay que mostrar las opiniones, las experiencias, el sufrimiento, el éxito, incluso el cansancio del cuerpo. La intimidad se ha convertido en una mercancía que necesita escapar de sí misma para adquirir valor. En ese régimen de visibilidad obligatoria, quien no se muestra parece no existir.

—Pero hay invisibilidades impuestas e invisibilidades.

des elegidas —observó Fernando de Villena—. No conviene confundirlas. Hay quienes son expulsados del plano por la injusticia, la pobreza, el desprecio o la indiferencia. Y hay también quienes deciden borrarse voluntariamente, quienes no reclaman atención, quienes comprenden que no ocupar el centro puede ser una forma de resistencia frente a la tiranía contemporánea de la exposición.

Juan Chirveches miró de nuevo hacia el monumento.

—Quizá eso le ocurre al duque de San Pedro de Galatino. Granada lo tuvo en su vida, pero no del todo en su memoria. Como si hubiera quedado en un segundo plano de la ciudad que ayudó a imaginar. Eso introduce una cuestión moral —dijo—. Porque los grandes personajes están abocados a sostener la vida de otros sin recibir el relato que les corresponde.

—Todos nos convertimos, en algún momento, en personajes secundarios —dijo Fernando de Villena—. Hemos aterrizado en una historia que ya había empezado cuando llegamos y de la que nos echarán antes de que termine. Entramos en vidas ajenas, en ciudades con pasado, en amores que tuvieron capítulos previos, en instituciones, familias, lenguas, heridas y esperanzas que no nacieron con nosotros. Sentimos que protagonizamos nuestra vida, y en cierto sentido es verdad, pero somos presencias laterales en la vida de muchísimos otros. A veces, incluso, habitamos los márgenes de nuestra propia existencia.

La sombra de los árboles se había desplazado lentamente sobre el suelo. El monumento seguía allí, silencioso, rodeado de transeúntes que apenas reparaban en él. Y acaso por eso mismo, por su discreta perseverancia, parecía más elocuente. Como si la ciudad, en medio de su calor prematuro, nos hubiera ofrecido una lección humilde: que la historia no solo se escribe con nombres inscritos en mármol, sino también con presencias laterales, con rumores de río y con hombres que, aun habiendo ocupado alguna vez el centro, terminan custodiando desde los márgenes la memoria frágil de lo que fuimos.

